

quando á todas supera la grande confianza de nuestro Soberano en su fidelidad? ¡Oh cuánto se amaban! El le ha demostrado en su conducta que no conoce aquella política falaz, intrigante y sediciosa, que confunde las verdades con las trayciones; sino aquella justa y prudente, cuyo espíritu suave, benigno, afable, humano, amante de la verdad y del bien, tan sutil como fuerte, es en todo la imágen de la sabiduría (a); y zeloso Ministro de las negociaciones, llenando la prediccion del Sabio (b), fué siempre en su embaxada el seguro reposo de nuestro amable Cárlos.

Mas, ¡oh negra perfidia! tú vuelves otra vez para turbarlo: esa nacion que ciega te idolatra, cuyo espíritu de Cromwel y Chatam no conoce los pactos sino para violarlos, otra justicia que la conveniencia, otra ley que el capricho, otra política que la ilusoria, ni otra paz que la guerra perpetua, propia de su sistema; profanando nuestra neutralidad la mas sagrada, insulta, roba, quema (36), ¡atroz delito! y hace tomar las armas para castigarlo. Las voces de la patria llegan hasta Paris, Gravina las escucha, ya no es posible que descanse su espada. Llegó el tiempo de que el Rey le cumpliera (37) lo que le prometió, llegó el tiempo de dexar la em-

(a) Sap. Cap. VII, v 22 ct 23.

(b) Proverb. cap. XXV, v. 13.

baxada, llegó el tiempo de redoblar su zelo hasta los sacrificios; y he aquí la época de morir por la patria el que solo ha vivido para ella.

¿Lo ignorais por ventura? ¿No lo visteis unirse con nuestros aliados, siendo su ligereza digna de admiracion, y aun de mas precio (38) en tales circunstancias que una grande victoria? ¿Podrá ignorarse su teson y constancia en la expedicion á Martinica, que fué el aprecio de esa grande nacion nuestra aliada? ¿No es constante aquel valor intrépido con que burlando su sabia maniobra la hostilidad de Calder, acomete á su esquadra, no desiste en batirla, la persigue, y aun es el vencedor? Aun quando yo callara, ¿no lo hablarian por mí el proceso y sentencia que acaba de sufrir aquel Vice-Almirante? Gravina, vencedor de aquellos mares, hace la reunion de grandes fuerzas; y ¡oh dolor! con ellas mismas, en busca del sepulcro vuelve á Cádiz.

La Inglaterra siente tal suceso: zelosa de esta esquadra, trata su destruccion: ella congrega sus mejores marinos y las mejores naves para verificarla: ¡qué escena se prepara! Nelson baste. (Nunca está mejor la alabanza que en la boca de los contrarios; mas ni es este mi objeto, ni propia de mis labios, sea qual fuere su mérito, ya en este pueblo, que obscurece sus glorias, ni ménos á la vista de estos altares.) Nelson resuelve á forzar este puerto para



incendiar las nuestras, ó provocarlas fuera al mas recio combate. ¿Será creible que él fuese el provocado?

Todas las circunstancias lo resisten, Federico las ve, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista; mas excediendo á su propio juicio su obediencia (39), *absit*, contesta qual otro Macabeo (a), *ut fugiamus ab eis*. Léjos de mí la fuga ni algun temor cobarde; y si es llegado el término á mi vida, moriré con valor, y sin manchar mi gloria: *Et si appropriavit tempus nostrum, moriamur in virtute, et non inferamus crimen gloriæ nostræ*. Respuesta digna de su honor y virtud.

No le queda otro arbitrio, y entre los elementos conjurados sale al mar, provoca al enemigo, y ¡qué horror! cabo de Trafalgar, ¡qué dia! yo lo diré con un Profeta: el del enojo del Dios de los exercitos (b) ha venido con ímpetu sobre las esquadras de Tarsis: *Dies Domini exercituum super omnes naves Tharsis*. La arrogancia de los hombres se verá humillada, abatida la altivez de los guerreros, y Dios solo será el vencedor en este dia: *Et elevabitur Dominus solus in die illa*.

¿Y no sucedió así? ¡Ah! las aguas suenan, y se conturban, encapotado el cielo, y medrosas sus nu-

(a) Lib. I. Machab. Cap. IX, v. 10

(b) Isai, cap. II, v. 16 et 17.

bes, aun los hombres se ensangrientan y encarnizan: ¡qué escena! donde quiera que se esparce la vista no se ve mas que horror. El cañon truena, abordegas aquí (40), allá naufragios, incendios á este lado, fuego por todas partes, cadáveres, destrozos, ¿podréis numerar víctimas? La tierra gime, el mar brama, el ayre ruge, la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta con cólera sus tempestades y sus vientos: ¡nuevo horror! llorad naves del mar, solo quedan ruinas (a) de vuestra fortaleza. *Ululate naves maris, quia fortitudo vestra devastata est*. Una da aquí al traves, otra pide socorro, esta vá á pique, todos ven sus reliquias: ¿quién podrá describir este vasto suceso? ¿qual ha sido su fin? ¿preguntadlo al que pudo sobrevivir (b) á sus peligros: *Interroga fugientem, et ei, qui evasit, dic: ¿quid accidit?*

¿Qué dirá? ¿que mas de la tercera parte de los buques ha perecido? *Et tertia pars (c) navium interit*: ¿que los célebres marinos del Norte se viéron allí temblar (d), y confundirse en su misma fortaleza? *Ibi Principes Aquilonis paventes, et sua fortitudine confusi*: ¿que destrozadas en fin las tres esquadras,

(a) Isai. cap. XXIII, v. 14.

(b) Jerem. cap. XLVIII, v. 19.

(c) Apocalyp. cap. VIII, v. 9.

(d) Exch. cap. XXXII, v. 30.



todo lo perdimos (41) á excepcion del honor? Todo es muy cierto; mas ¿qué dirá de nuestro Excmo. General? ¿qué este ha sido el efecto de su ignorancia, ó que lo fué quizá de su cobardía? No dirá tal, si no es que se juzgue del mérito de un hombre por su felicidad ó su desgracia. Dirá sí, que salvó lo que pudo en tanta confusion, que el resultado respondió á su presagio, y que peleando con valor y sin desmayo, fué tan desgraciado en el combate como desapiadadamente herido.

¡Qué dolor! la metralla enemiga vino contra su brazo: ¿terminarán quizá sus gloriosos servicios por la patria con este doble sacrificio de valor y obediencia? ¿Estará decretado que el brazo se consuma, y que él fallezca? ¡Ay! yo pienso que la letra de Zacarías (a), aunque con otro espíritu, viene á cumplirse en tan funesto lance; *Brachium ejus ariditate siccabitur*: morirá sí, no hay duda; pero no creais que infamado, ni con una opinion obscurecida. ¿Qué le habrian servido tantos sacrificios por la Nacion si muriese en desgracia de la misma? ¿qué quadro tan triste en este caso! pero ¿qué alegre es verlo morir en el seno de una pública estimacion! Hermosos laureles de la patria, vosotros no os retirásteis de sus sienas en los últimos períodos de su

(a) Zachar. cap. XI, v. 17.

vida. Salomon os pintaba (a) de esta suerte: “Tendré honor entre la nobleza, y gozaré del amor hasta de las turbas: me admirarán los Potentados; “y aun me distinguirán los Soberanos mismos.”

Espanoles, ¿no veis en estos rasgos los dulcísimos brazos del honor y el afecto entre que va á espirar nuestro Gravina? Honrado del gran Napoleon (42), felicitado por las primeras dignidades de Europa, tiernamente amado de los aliados y los enemigos (43), aun rodeado su lecho del pobre marinero, que llora su desgracia, todo el pueblo sintiéndola, nuestra Corte afligida (44), procurando su alivio, ¿qué falta á este laurel? ¿qué otro mas apreciable se reserva, si hubiese tenido la fortuna de volver vencedor? Teniente General de nuestra Armada, condecorado con la Gran Cruz y la Real Llave, aun estas distinciones no se estiman bastantes para premiar el mérito de su gran sacrificio. El Macabeo, que ha sido tan fuerte desde su juventud (b), debe ceñir el último laurel. Sea en mi Marina, dice el Rey, Capitan General de mis Esquadras: *Judas fortis á juventute sua, ipse sit vobis princeps militiae.*

¡Qué respetos, qué honores! Una alma ménos

(a) Sap. cap. VIII, v. 10 et 11.

(b) Lib. I, Machab. cap. II, v. 66.



grande se hubiera envanecido; mas Federico no los mira con semblante halagüeño sino para ejercer la noble generosidad (45) de su espíritu. Los recibe y aprecia: mas ¡oh miseria de la grandeza humana! ¿acaso estas coronas le traen la voz del cielo (a) que le diga: “Pondré la cicatriz en tu llaga, y te sanaré de tus heridas?” *Obducam cicatricem tibi, et sanabo te á vulneribus tuis.* ¡Ay Señores! su enfermedad no cesa; y tú, Dios mio, si algun tanto lo alivias, es para dar lugar á tus consuelos, y arrebatarlo para siempre (b) despues á nuestra vista: *Roborasti paululum, ut in perpetuum transiret.*

No creáis que pondero: al frente de su cama se miran enlazadas la patria y religion, derramando alternativamente sus delicias sobre este General. ¿Cuál seria su suerte, si compañero de las dos en su vida, esta á lo ménos no le hubiera seguido hasta el sepulcro? Desastrada y funesta, su gloria obscurecida, sus laureles marchitos, todo él sumergido en el polvo: la ira y la venganza irresistibles serian su patrimonio, y al dolor y las lágrimas quedaria reducido su noble patriotismo. Pero no ha sido así; su lecho nos ofrece la imágen placentera de la virtud. La resignacion en los trabajos, la conformidad en los dolores, la paciencia en la desgra-

(a) Jerem. cap. XXX. v. 17.

(b) Job. cap. XIV, v. 20.

cia, la compasion de los que por su cuidado se fatigan, la modestia en sus quejas, la humildad en sus quebrantos, la penitencia de sus culpas, y aquel clamor continuo: “quiero morir como el mejor “Santo;” ¡qué consuelo no es este para un espíritu christiano!

¡Oh vosotros sus inseparables amigos y domésticos, á quienes tantas veces rogó lo perdonárais! deponed aquí de aquellas dulces lágrimas con que recibió la sagrada Eucaristía, de aquellas preces y contricion fervorosa con que oyó é interrumpía el último sacrificio celebrado junto á su cama (46): ¿no veáis á la hermosa religion con sus dulzuras presidir sus acciones y palabras? ¿Hasta sus últimos delirios no fuéron ocupados de clamores penitentes y humildes, correspondiendo á los que pronunció quando usaba de su razon? ¿No le visteis en fin á presencia del Sacerdote oscular tiernamente las imágenes del Redentor y de su Madre, aquellas mismas que le fuéron inseparables en todos sus viages y destinos, y que á poco dulce y tranquilamente espira, segun lo apetecia, “como christiano y como caballero?”

Si morir temiendo á Dios, honrando al Rey, y amando la sociedad, es morir en los brazos de la religion y de la patria: así ha muerto el Excmo. Gravina, que vivió para la religion y para la patria.



Le asistiéron en muerte estas dos madres, á quienes sirvió en vida, la una con sus laureles, la otra con sus dulzuras, justa recompensa de las virtudes con que á una y á otra sacrificó sus días.

Murió al fin: ya no existe. Murió aquel ilustre Caballero, que no manchó su sangre con las vilezas, las perfidias, las trayciones, ni aun la audacia. Murió aquel amigo de la sociedad, que no supo hacer mal, sino amar y prodigar sus bienes á favor de sus semejantes. Murió aquel christiano piadoso, caritativo, humilde, cuyas acciones y exemplos no desmintieron la religion que profesaba. Murió aquel político en quien jamas se halláron ni los ojos altivos, ni la lengua traydora, ni las manos crueles, ni un corazon infame, ni unos pasos veloces para la perversidad de las intrigas. Murió aquel militar, que incansable en su oficio, lo sirvió con exâctitud, velocidad, valor, constancia, no solamente derramando sudores, sino aun su propia sangre por la patria. Breves fuéron sus días (47); pero tan llenos del honor y virtud, tan colmados de mérito, que el que siga sus huellas, por poco que viva en su digna profesion, habrá ciertamente vivido mucho tiempo. Esto es lo que resulta de su vida: ¿no tenemos razon para llorar su muerte? ¡Ah! ¡cómo es que ha fallecido este guerrero consagrado á la religion, este caudillo sacrificado por la defensa de su patria!

*¡ Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum  
Israël!*

Pero ¡ay Señores! ya no es tiempo de repetir mas esta exclamacion, aunque la considero justa y bien fundada. Con mi voz tarde ó temprano va á sepultarse su memoria en la region tenebrosa del olvido. Es ya el caso de preguntar con Job (a) por su destino. ¿Dónde está este General Excmo., que viviendo para tan dulces madres, ha muerto segun vemos entre sus inocentes caricias? *¿Ubi quæso est?* Aquí me pierdo y me confundo. Nosotros no vimos sino las reliquias de una carne corruptible, triste imágen de la miseria humana. Ya no vemos sino el símbolo de la muerte confundido con las insignias de su nobleza y dignidades, despojos miserables de nuestra gloria, que rodean este figurado sepulcro. Mas ¿qual es la morada de lo mas noble de su ser? ¿Dónde está lo mas interesante, que es su espíritu? *¿Ubi quæso est?*

Nuestra fe lo sigue hasta el tribunal del Omnipotente, ante quien el sabio nada sabe, los Reyes carecen de poder, y el guerrero mas duro tiembla, se estremece y se confunde. No hay cosa mas horrenda, dice el Apóstol (b), que caer en las manos del Dios vivo. Nuestro Federico está entre ellas,

(a) Job cap. XIV, v. 10.

(b) Div. Paul. ad Hebr. cap. X, v. 31.



Excmos. Señores..... ¡Qué susto! Allí se presenta libre del baston y la espada, desnudo de sus mantos, sus bandas y sus cruces, á responder de su religion y sus empresas, tanto militares como políticas. ¡Qué cargos tan terribles en presencia de un Dios, ante quien no todo viviente se justifica, que hasta en sus ángeles encontró maldad, y en cuyo tribunal aun la palabra inútil viene á juicio! ¿Por ventura este mi elogio, que le pronostica al parecer una suerte dichosa, quedará desmentido? ¡Ay! repito: ¿*Ubi quæso est?* ¿Cuál será su destino? Yo lo miro postrado ante el excelso trono exclamando (a) con Job: “Tú, Señor, que numeraste mis pensamientos y mis pasos, tú perdona mis yerros, mis flaquezas y mis delitos.” Por los mismos acaba de ofrecerse el Cordero inmaculado que los borra: ¿será bastante para que el General no lllore mas tiempo sobre sí mismo?

¡Justo Juez de las venganzas! aceptad este sacrificio de expiacion, oblacion la mas pura que hemos ofrecido por sus defectos, para que limpio entre en el goce de la interminable dulzura de tu rostro. Haced con él la gracia inestimable de tu misericordia (b) antes de aquel tremendo dia de la razon: *Iuste Judex ultionis, donum fac remissionis ante diem*

(a) Job cap. XIV, v. 16.

(b) Ecclesia in sequentia Missæ pro Defunctis.

*rationis.* A tu vista gime y llora como un reo penitente, que lleva en su semblante el bochorno que le imprime su culpa: *Ingemisco tanquam reus, culpa rubet vultus meus.* ¿Abandonarás, Señor, tu piedad, para empuñar el azote de tu inexorable justicia? No, mi Dios: tú perdona clemente al que humillado y contrito te suplica: *Supplicanti parce, Deus.* Así como lo hiciste pasar de la vida á la muerte, trasládalo de la muerte á la vida (a), pero á aquella feliz que prometiste á Abraham y á su gloriosa descendencia. Así sea, para que su espíritu guerrero penetre, como lo deseamos y pedimos, hasta el seno de la paz de tu descanso.

#### REQUIESCAT IN PACE.

(a) Ecclesia in offertorio ejusd. Mis.